

CARTA DEL MISIONERO ALAVÉS – BENJAMÍN RESPALDIZA

CAMPAÑA DE SAN JOSE 2022

El sociólogo italiano Luigi Zoja escribió el libro “La muerte del prójimo”. Es la secuencia de la muerte de Dios que pronosticaba Nietzsche. Hay muchos indicios de que el prójimo va perdiendo su figura, de que al camino de las personas heridas, golpeadas por la pobreza, las guerras o la carencia de oportunidades le han puesto vallas y no es visible; queda fuera de la circulación común. Aunque ya ni siquiera apercibimos al vecino o a la vecina común que no te pide nada ni te molesta, a la del otro piso o la del otro banco en la parroquia o a quien viaja en el tranvía; ya no son prójimos. Para saber lo que pasa en nuestra ciudad o barrio no hay caminar, percatarse, tocar la sensibilidad sino leer las estadísticas. Además, las necesidades, las carencias pertenecen a las instituciones civiles religiosas u ONGs. Si esto sucede en el ámbito más cercano, ¿cómo reconocer como prójimos a quienes viven más allá, en sus frecuentes tragedias, sus recorridos interminables, sus catástrofes naturales, sus cruentas masacres o sus carencias eternamente pandémicas?

También la creación sufre, no los dolores de un parto creativo sino la agonía lenta de una extracción desenfrenada, como si no hubiera un día después.

La comunicación por internet oculta los rostros y las emociones; la cultura y la relación la hemos cambiado por el entretenimiento. Para mucha gente que ya no es productiva el día es largo y aburrido; hay que llenarlo y disfrutarlo y las ofertas de distracción son inmensas.

Pero la realidad está ahí, testaruda, incansable, irreductible, siempre emergente como aquel Bartimeo al borde del camino al que no consiguieron hacerle callar. Quienes leemos estas líneas no somos adolescentes; sabemos que todas las causas están ahí, llamándonos, gritando, provocándonos.

Venimos, de otras experiencias: aquellos momentos en que escuchábamos un Evangelio claro y abierto: en los que, habiendo menos, teníamos más; en los que la personas importaban; en los que la organización nos atraía o la creábamos; en los que abríamos las puertas de nuestras iglesias y, si no lográbamos que alguien entrara, nos permitían salir; en los que las fronteras estaban abiertas y cualquier distancia era accesible; en los que la diversidad era un desafío, no un muro.

¿Las propuestas de una sociedad individualista, mercantil, viral, de mero entretenimiento con todos los componentes propagandísticos nos han apagado la voz? ¿El viento ácido de estos nuevos tiempos ha secado las hojas de nuestros sueños?

La realidad nos destapa los oídos; en definitiva, nos llama al compromiso, palabra con encanto, martillo pilón que moldeó nuestras vidas. “Com-pro-missio” cuya traducción libre sería “Junt@s-a favor-de una causa”. Tal vez cambien los lugares, los tiempos, los asuntos, los medios pero el objetivo siempre el mismo: toda persona en su camino hacia el Reino de Dios o todo medio en el que estas personas se puedan realizar. Las llamadas siguen resonando y las necesitamos para vivir, para refrescar el sentimiento, porque en esta escucha y su respuesta está la única actitud que se puede llamar creyente, el indicador que nos demuestra que el amor está vivo. “La fidelidad, el compromiso y las obligaciones son prácticas que requieren tiempo, se proyectan del presente al futuro”, dice el filósofo Byung Chul Han. Si, del presente sufriente hacia el Reino de Dios y su justicia, el “hacerse cargo” que decía Ellacuría, el jesuita vasco asesinado en El Salvador. Sin estos valores el tiempo se estanca, languidece y muere; la decadencia de una vida, de una cultura e, incluso de una generación.

Comprometerse es dar respuesta al don y la gracia que Dios ha derramado abundantemente en nuestras vidas sin olvidar que siempre es por una causa y con otras personas que no han dejado de soñar pues los desafíos son inmensos y tal vez solo seamos un puñado de arena que hace el camino. Con Jesús fue así.